

MAÑANA

Marcelo no entendía el significado de *mañana, más tarde* o *al día siguiente*. El tiempo para él carecía de sentido. Sin embargo, sabía perfectamente los pasos que debía seguir en cada momento. Coger una caja, esperar la sonrisa de Rosa y empezar a colocar: los de la almendra, en el centro; los corazones, uno en cada esquina; los de praliné, a la izquierda; los pequeñitos con forma de concha, a la derecha... hasta completar los veinticuatro huecos que horadaban el plástico de color dorado; con cuidado de que no tuvieran ningún defecto. Esos iban a la cubeta blanca. Era un trabajo sencillo y rutinario, que requería concentración, y Marcelo podía hacerlo casi con los ojos cerrados. Se había estado preparando durante semanas para ser el mejor y digamos que lo había conseguido.

La fábrica era un universo blanco y brillante, como de azúcar. Gorros blancos, batas blancas, todo tan blanco y tan limpio que daba gusto trabajar allí. Hasta las máquinas eran blancas. Empleaba a un centenar de personas, todas iguales, todas diferentes. Algunas de ellas habían nacido con un síndrome que les hacía especiales, el mismo que tenía Rosa y que diferenciaba a Marcelo del resto de su familia. No solo por la cara redonda y la forma achinada de sus ojos, sino por su manera peculiar de enfrentarse al mundo. Por suerte, sus padres habían luchado para que tuviera una vida tan normal como la de sus hermanos. Siempre a contracorriente, defendiendo el valor de su hijo contra viento y marea; pidiendo ayuda y encontrándola; apoyándolo para que el día de mañana pudiera tener un trabajo como el que tenía. Treinta y cinco horas semanales, un salario, dos pagas extras y un futuro.

La sonrisa de Rosa le atrapaba de tal modo que, en ocasiones, ni siquiera escuchaba el estridente sonido de la sirena, anunciando el descanso. Era ella quien, entre carcajadas, le devolvía a la realidad. —¡Despierta, que estás alelao! —. «¿Cómo podía ser tan guapa?». Para Marcelo, Rosa era la chica más guapa de la fábrica, la más guapa que había visto en su vida; más guapa aún cuando se quitaba el gorro blanco, con su pelo negro y sus pendientes largos. Él respondía a sus provocaciones con una risita tímida y marchaba a su encuentro, dispuesto a compartir con ella la media hora del almuerzo, no sin antes robar un par de bombones de la cubeta.

Rosa y Marcelo eran novios. Lo eran desde el día en que desaparecieron por el pasillo blanco cogidos de la mano. Antes de eso, Marcelo había sentido un cosquilleo extraño ahí en el estómago que le había dejado varios días sin comer, y hasta sin dormir, y que no llegaba a curársele del todo. Los dos trabajan en la misma sección: él montando cajas de bombones y ella envolviendo chokolatinas de colores. Fue Rosa la que se lanzó. Era coqueta y atrevida y, en cuanto lo vio, supo que iba a casarse con él. A ella, el cuento de que los Down no podían enamorarse le parecía una tontería, ¿es que acaso no tenían un corazón como todo el mundo?

Todo iba bien hasta que, un lunes de abril, Rosa no fue a trabajar y a Marcelo se le estropeó la primavera. Odiaba los imprevistos y aquel era «un imprevisto de mucha categoría». Por primera vez desde que ingresó en la fábrica, se encontró perdido. Como cuando la empresa municipal cambió el color de los autobuses y él se quedó plantado durante horas bajo la marquesina, esperando al suyo, que no era verde sino amarillo. Ese lunes, la sirena del almuerzo sonó con mayor estridencia que de costumbre y las cajas aún seguían apiladas en el mismo sitio, tan vacías como el taburete de Rosa.

Llevaba no se sabe cuánto tiempo con la mirada puesta en ninguna parte, sin dejar de preguntarse qué había podido pasar. «Eran novios y los novios se lo contaban todo, pero Rosa no le había contado que faltaría al trabajo». Cuando el encargado acudió en su rescate, lo que se encontró fue a un niño tan grande como asustado. — Estate tranquilo, no es más que un catarro. — Charlie era su amigo, a los dos les gustaba el fútbol y las pelis de vaqueros, y siempre le echaba una mano si surgía algún problema. —¿Cuándo viene mi novia?—. —Mañana—. Pero Marcelo, que no comprendía el significado de *mañana*, *más tarde* o *al día siguiente*, empezaba a impacientarse. —No sé cuándo es mañana... porque mañana no es hoy, ¿verdad?—. —Nooo, Marcelo, ¡mañana es mañana!—. Al principio, cuando la Dirección planteó incluir en la plantilla a chavales de la Fundación, hubo opiniones de todo tipo y hasta protestas. Ninguno, tampoco Charlie, podía imaginarse lo que esos chicos iban a aportar. Trabajaban como el que más, con una disciplina y una constancia que ya quisieran muchos; pero, además, les enseñaron a ver la vida desde otro lado. Y eso fue precisamente lo que hizo Charlie, darle la vuelta al calcetín: —Mañana será cuando estés con Rosa—. A Marcelo le volvieron a brillar los ojos.

Ese lunes, rellenó una única caja. Fue colocando cada pieza en su sitio, con cuidado de no equivocarse, mientras recordaba lo que le decía Rosa cuando cogían bombones de la cubeta blanca: «A mí me sobraré un cromosoma, pero no soy idiota. Los mejores son los aplastaditos, esos que no quiere nadie». De repente, cambió de idea. En vez de poner los de la almendra en el centro, los corazones en las esquinas y los pequeñitos con forma de concha a la derecha, entremezcló unos cuantos de los que no eran tan bonitos ni tan perfectos, pero que a ella le gustaban más. Y, antes de cerrarla, contempló el resultado, satisfecho al comprobar que no había un solo bombón igual. Le pareció que así era el mundo.